

El día siguiente, — pues él no vivía sino de mañana en mañana, no habiendo ya, por decirlo así, hoy para él, — el día siguiente no halló á nadie en el Luxemburgo, como así esperaba él que sucediese; y al oscurecer, se dirigió hácia la casa. Ninguna luz había tampoco en las ventanas; las ventanas estaban cerradas; el cuarto tercero enteramente oscuro.

Marius llamó á la puerta de la casa, entró, y dijo al portero :

— ¿El caballero del tercer piso?

— Se ha mudado, contestó el portero secamente.

Marius vaciló sobre sus talones, y preguntó con voz débil :

— ¿Cuándo se ha mudado?

— Ayer.

— ¿Y en dónde vive ahora?

— No lo sé.

— ¿Pues qué, no le ha dejado á usted las señas de su nueva habitación?

— No.

Y el portero, levantando la nariz, reconoció á Marius.

— ¡ Toma! es usted, dijo, ¿conque decididamente usted es espía?

LIBRO SÉPTIMO

PATRÓN-MINETTE

I

LAS MINAS Y LOS MINEROS

Todas las sociedades humanas tienen lo que se llama en los teatros un tercer escotillon. El suelo social está minado por todas partes, ora para el bien, ora para el mal. Estas obras van sobrepuestas. Hay minas superiores y minas inferiores. Existe un piso alto y un piso bajo en ese oscuro subterráneo que á veces se desfonga bajo el visible pavimento de la civilización, y que nuestra indiferencia y nuestra apatía huellan sin cesar. La Enciclopedia era, en el siglo anterior, una mina casi á cielo descubierta. Las tinieblas, esas sombras procreadoras del cristia-

nismo primitivo, no esperaban sino una ocasion oportuna para hacer explosion bajo los Césares, y para inundar de luz el género humano. Pues en las tinieblas sagradas hay luz latente. Los volcanes están llenos de una sombra capaz de lanzar llamas. Toda lava principia por ser noche. Las catacumbas, donde se dijo la primera misa, no sólo eran la cueva de Roma, sino que tambien eran el subterráneo del mundo.

Bajo la construccion social, maravilla complicada con ruinas y escombros, existen ciertas excavaciones de toda especie. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica, la mina revolucionaria. Unos excavan con la idea, otros con el guarismo, otros en fin ahondan la mina con la ira. Se llaman unos á otros y se responden desde la una á la otra catacumba. Las utopias van caminando por bajo de tierra, al traves de diferentes conductos, ramificándose en todos sentidos, encontrándose á veces unas con otras, y fraternizando entre sí. Juan Jacobo presta su pico á Diógenes, quien á su vez le presta á él su linterna. Otras veces se combaten allí. Calvino agarra á Socino por las greñas. Pero nada detiene ni interrumpe la tendencia de todas esas energías hácia el fin, y la vasta actividad simultánea, que va y viene, asciende, descende y vuelve á ascender en esas oscuridades, y que transforma lentamente lo de arriba por lo de abajo y lo de fuera por lo de adentro; inmenso hormigueo desconocido. Apénas si la sociedad se apercebe siquiera de esa excavacion que, dejándola al parecer intacta la superficie, modifica y cambia sus entrañas. Cuantos son los pisos subterráneos, otros tantos son los trabajos de distinto género, y otras tantas las diversas extracciones. ¿Y qué es lo que resulta de todos estos profundos escudriñamientos? El porvenir.

Cuanto más se ahonda, más misteriosos son los opera-

rios. Hasta llegar á un grado que el filósofo social sabe reconocer, el trabajo es bueno; más allá de este grado, es dudoso y mixto; más abajo, es ya terrible. Á cierta profundidad, las excavaciones no son penetrables al espíritu de civilizacion, el límite respirable al hombre se halla allí rebasado; un principio de monstruos es posible.

La escala descendente es extraña; y cada uno de aquellos escalones corresponde á un piso en el cual puede apoyar su pié la filosofia, y donde se encuentra uno de esos operarios, á veces divinos, á veces deformes. Por bajo de Juan Huss, está Lutero; por bajo de Lutero, está Descártes; por bajo de Descártes, está Voltaire; por bajo de Voltaire, está Condorcet; por bajo de Condorcet, está Robespierre; por bajo de Robespierre, está Marat; por bajo de Marat, está Babeuf. Y esta serie continúa aún. Más abajo, confusamente, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se vislumbran otros hombres sombríos, que tal vez no existen aún. Los de ayer son espectros; los de mañana son larvas. La vista del entendimiento los distingue en la oscuridad. La obra embrionaria del porvenir es una de las visiones del filósofo.

Un mundo en los limbos en el estado de feto, ¡qué sombra inaudita!

San Simon, Owen, Fourier, están allí tambien, en ciertas zapas laterales.

Ciertamente, bien que una cadena invisible ligue entre sí, sin que ellos lo noten siquiera, á todos esos operarios subterráneos que, casi siempre, se creen aislados, pero que, en realidad, no lo están, sus trabajos son muy diversos y la luz de los unos contrasta con las llamaradas de los otros. Los unos son paradisiacos, los trágicos. Sin embargo, sea cualquiera el contraste, todos estos trabajadores, desde el más elevado hasta el más nocturno, desde el más sabio hasta el más loco, tienen un punto de

semejanza, á saber : el desinterés. Marat se olvida como Jesus. Se dejan á un lado, se omiten, se suprimen, prescinden enteramente de sí mismos, y no piensan en su propia personalidad, para consagrarse á los demas. Ven ellos otra cosa fuera de sí. Tienen su mirada peculiar, y esta mirada busca el absoluto. El primero tiene todo el cielo en los ojos ; el último, por más enigmático que él sea, aún tiene bajo las cejas el pálido resplandor del infinito. Venerad, sin reparar en lo que él haga, á todo el que se distingue por este signo : la pupila-estrella.

La pupila-sombra es el otro signo.

En ella principia el mal. Ante aquel que no tenga ninguna mirada, pensad y temblad. El órden social tiene sus mineros negros.

Hay un punto donde la profundidad se transforma ya en una fosa y donde toda luz se extingue.

Por bajo de todas estas minas que acabamos de indicar, por bajo de todas estas galerías, por bajo de todo ese inmenso sistema venoso subterráneo del progreso y de la utopia, mucho más adelante en el seno de la tierra, más abajo que Marat, más abajo que Babeuf, más abajo aún, mucho más bajo y profundo, sin relacion ninguna con los pisos superiores, se encuentra la última zapa. Lugar formidable. Este es el que hemos llamado nosotros el tercer piso bajo, ó tercer escotillon. Es la fosa de las tinieblas. La cueva de los ciegos. *Inferi*.

Está comunicada con los abismos.

II

LA HONDONADA

Allí se desvanece el desinterés. El demonio se bosqueja vagamente ; cada cual para sí. El yo sin ojos aulla, busca, tantea y corroe. El Ugolino social está en esta profunda sima.

Las sombras feroces que rondan en esa fosa, casi bestias casi fantasmas, no se ocupan del progreso universal, ignoran la idea y la palabra, no se cuidan sino de la satisfaccion ó de la saciedad individual. Casi no tienen conciencia de nada, notándose de un modo pavoroso que en su interior todo está borrado. Tienen por madres á dos madrastras, la ignorancia y la miseria. Tienen una guía, la necesidad ; y para todas las formas de la satisfaccion, el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces, no á la manera del tirano, sino á la manera del tigre. Del sufrimiento, esas larvas pasan al crimen ; filiacion fatal,

engendro vertiginoso, lógica de la sombra. Lo que se arastra por el último escotillon social, no es ya la sofocada reclamacion del absoluto; es la protesta de la materia. El hombre se convierte en dragon. Tener hambre, tener sed, es el punto de partida; ser Satanás, el punto de arriba. De esta cueva sale Lacenaire.

Acaba de verse, hace poco, en el libro cuarto, uno de los compartimientos de la mina superior, de la grande zapa política, revolucionaria y filosófica. Allí, como acabamos de decirlo, todo es noble, puro, digno, honrado. Allí, ciertamente, puede uno engañarse, y se engaña; pero el error es en cierto modo venerable, á fuerza de implicar heroísmo. El conjunto del trabajo que allí se hace tiene un nombre: el progreso.

Ha llegado ya el momento de entrever otras profundidades, las profundidades horrosas.

Existe bajo la sociedad, insistamos en este hecho, existe, decimos, y existirá hasta el día en que se disipe la ignorancia, la grande caverna del mal.

Esta cueva se halla debajo de todas las otras, y es enemiga de todas ellas. Allí reina el odio, sin excepcion. Aquella cueva no conoce filósofos; su puñal no ha cortado jamas una pluma. Su negrura no tiene ninguna relacion con la negrura sublime de la escribanía. Los dedos de la noche que se arrugan y encogen bajo aquel techado asfixiante no han hojeado nunca un libro ni desdoblado un periódico. Babeuf es un explotador para Cartouche; Marat es un aristócrata para Schinderhannes. Aquella cueva tiene por objeto desfongarlo y desplomarlo todo.

Todo, incluso las zapas superiores, que ella execra. En su asqueroso hormigueo, no sólo mina ella el orden social existente; sino que mina y socava también la filosofía, mina la ciencia, mina el derecho, mina el pensamiento humano, mina la civilizacion, mina la revolucion,

mina el progreso. Llámase ella simplemente robo, prostitucion, homicidio, asesinato. Compónese de tinichlas y aspira al cáos. Su bóveda está hecha de ignorancia.

Todas las otras que se hallan encima de ella tienen un solo objeto, suprimirla. Á esto es á lo que tienden, por todos sus órganos á la vez, por el mejoramiento de lo real como por la contemplacion del absoluto la filosofía y el progreso. Destruid la cueva Ignorancia, y destruiréis en ella el topo Crimen.

Condensemos en algunas palabras una parte de lo que acabamos de escribir. El único peligro social, es la sombra.

Humanidad, es identidad. Todos los hombres son del mismo barro. Ninguna diferencia existe, á lo ménos en este mundo, en su predestinacion. La misma sombra ántes, la misma carne miéntras, la misma ceniza despues. Pero la ignorancia mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta incurable negrura invade el interior del hombre y allí se convierte en el Mal.

III

BABET, GUEULEMER, CLAQUESOUS Y MONTPARNASSE

Un cuarteto de bandidos, Claquesous, Gueulemer, Babet y Montparnasse, gobernaba de 1830 á 1835 el tercer piso subterráneo, ó el tercer escotillon de París.

Gueulemer era un hércules desclasificado. Tenía por antro la cloaca del Arche-Marion. Medía seis piés de estatura, con un pecho marmóreo, los biceps de bronce, una respiración de caverna, el torso de un coloso, un cráneo de pájaro. Creeríase ver en él al Hércules Farnesio vestido de un pantalón de cutí y de una chaqueta de pana. Construido de esta manera escultural, Gueulemer habría podido domeñar y subyugar á los monstruos; pero había creído él más sencillo y más breve el ser uno de ellos. Frente baja, anchas sienes, ménos de cuarenta años y con la pata de ganso, el vello rudo y corto, dos bruzas por mejillas, barba de jabalí; hé aquí el hombre. Sus músculos solicitaban trabajo, su

estupidez le rehusaba. Era una inmensa fuerza perezosa. Asesino, por negligencia y por incuria. Creíanle criollo. Probablemente había tenido él algunos puntos de contacto con el mariscal Brune por haber sido mozo de cordel ó esportillero en Avignon en 1815. Cuando llegó á cansarse de este oficio, pasó á ejercer el de bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la carnosidad de Gueulemer. Babet era flaco y sabio. Transparente, pero impenetrable. Veíase la luz al través de sus huesos, pero nada al través de su pupila. Decíase él químico. Había sido caricato en casa de Bobèche y payaso en la de Bobino. También había representado vaudevilles en Saint-Mihiel. Era un hombre intencionado, decididor, que subrayaba sus sonrisas y entrecomaba sus gestos. Su industria consistía en vender por las calles bustos de yeso, retratos del « jefe del Estado. » Además, también arrancaba muelas. Había mostrado fenómenos en las ferias, y poseído una barraca con su trompeta y este cartel: — Babet, profesor dentista, miembro de las academias, hace experiencias físicas en metales y metalóides, extirpa las muelas, arranca los raigones abandonados por sus compañeros. Precios: una muela, un franco cincuenta céntimos; dos muelas, dos francos; tres muelas, dos francos cincuenta. Aprovechad la ocasión. — (Este « aprovechad la ocasión » equivalía á decir: haceros arrancar el mayor número de muelas posible.) Había sido casado y había tenido hijos; pero no sabía qué había venido á ser de su mujer, ni de sus hijos tampoco. Los había perdido como se pierde un pañuelo. Por una alta excepción en la oscura sociedad en medio de la cual vivía él, Babet solía leer los periódicos. Un día, en que aún tenía á su familia consigo, en su barraca portátil sobre ruedas, leyó en el *Mensajero* que una mujer acababa de dar á luz un niño en buenas condiciones de vida, el cual tenía hocico de becerro, y al leer esta noticia,

exclamó : *Hé ahí una buena fortuna! ¡ no es mi mujer la que tendria el talento de darme una criatura como esa!*

Después abandonó todo este trajin, con el objeto de « emprender á París. » Esta expresion es de él.

¿Qué venia á ser Claquesous? Este era la noche. Para mostrarse él al mundo, esperaba siempre á que el cielo se cubriera de negro. Anochecido ya, salia de un agujero, en el cual volvia á entrar ántes de amanecer. ¿Dónde estaba este agujero? Nadie lo sabia. Hablando á sus cómplices en la más completa oscuridad, jamas lo hacia sino volviéndoles la espalda. ¿Se llamaba él por ventura Clequesous? no. Solia decir : Yo me llamo *Pas-du-tout* (nada de eso). Si traian una vela encendida, en seguida se ponía su máscara. Era ventrílocuo. Babet decia : *Claquesous es un nocturno con dos voces*. Claquesous era vago, errante, terrible. Nadie estaba seguro de que él tuviese realmente un nombre, pues Claquesous era un apodo; tampoco podía nadie asegurar que tuviese una voz, puesto que su vientre hablaba de ordinario más que su boca; ni podia saberse de fijo que tuviera una cara, porque nunca le habian visto sino con máscara puesta. Desaparecia como un vértigo, ó como un viento; y sus apariciones eran otras tantas emanaciones de la tierra.

Montparnasse, hé aquí un sér lúgubre. Este asociado era un niño de ménos de veinte años, agraciado de rostro, con unos labios que parecian cerezas, hermoso pelo negro, y la claridad de la primavera en los ojos; tenia todos los vicios y aspiraba á todos los crímenes. La digestion de lo malo le comunicaba el apetito de lo peor. Era el *gamin* convertido en *voyou*¹ y el *voyou* transformado en *escarpe*². Bonito, afeminado, gracioso, robusto, sensual, feroz. Llevaba el ala

¹ Granuja.

² Bandido-asesino.

del sombrero levantada en el lado izquierdo, para dejar sitio á la grande espesura de pelo, segun se acostumbraba en 1829. Vivía de robos hechos con violencia. Su levita mostraba ser del mejor corte, pero raída. Montparnasse era un figurin de modas envuelto en la miseria y cometiendo asesinatos. La causa de todos los atentados de este adolescente no era otra que el deseo de ir siempre bien puesto. La primera griseta que le dijo : Eres hermoso, le lanzó la mancha de tinieblas en el corazon, haciendo un Cain de este Abel. Hallándose bello, habia querido ser elegante; ahora bien, la primer elegancia es la ociosidad; y la ociosidad del pobre, es el crimen. Pocos andorreros habia tan temibles como Montparnasse. Á la edad de diez y ocho años, contaba ya varios cadáveres en su hoja de servicios. Más de un transeunte yacia, extendidos los brazos, en la sombra de este miserable, con la cara sepultada en un charco de sangre. Bien peinado, rizado y dado de pomada, acinturado y acicalado, con caderas de mujer, busto de oficial prusiano, el murmullo de admiracion de las muchachas perdidas que frecuentan los boulevards zumbándole en los oídos, la corbata hábilmente anudada, un rompe-cabezas en el bolsillo, una flor en el ojal; tal era este almibarado currutaco del sepulcro

IV

COMPOSICION DE LA CUADRILLA

Estos cuatro bandidos formaban entre sí una especie de Proteo, que culebreaba al rededor de la policia, esforzándose por escapar á las indiscretas miradas de Vidocq « bajo diversas figuras, árbol, llama, fuente, » prestándose mutuamente sus nombres, sus consignas y todos sus secretos, ocultándose en su propia sombra, verdaderas cajas de Pandora y asilos recíprocos, deshaciendo sus personalidades, á la manera que se quita una nariz postiza en el baile de máscaras, á veces simplificándose en términos de no ser sino uno solo, otras veces multiplicándose de manera que el mismo Coco Lacour los tomaba por una muchedumbre.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres sino una especie de ladron misterioso, con cuatro cabezas, trabajando en grande escala en el inmenso teatro de París; era el pólipo monstruoso del mal habitando la cripta de la sociedad.

Gracias á sus ramificaciones, y á la red sunyacente de sus relaciones, multiplicadas y extensas, Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse tenian por su cuenta la empresa general de las siniestras emboscadas en el departamento del Sena. Los inventores de proyectos y de maquinaciones de este género, los hombres de imaginacion nocturna, se dirigian á ellos para la ejecucion. Confiaban á estos cuatro bribones el borrador, el cróquis, el bosquejo, y ellos se encargaban de ponerle en escena. Trabajaban en escenario; y siempre se hallaban en situacion de poder procurarse un personal adecuado y conveniente para todos los atentados que necesitaran de su intervencion y auxilio y que fueran suficientemente lucrativos. Cuando un crimen andaba en busca de brazos, en seguida ellos le subarrendaban los cómplices necesarios. Pues contaban siempre con una banda de actores de tinieblas á la disposicion de todas las tragedias de cavernas.

Reuníanse generalmente, al anoecer, que era la hora en que ellos despertaban, en las steppes ó llanuras inmediatas á la Salpêtrière, donde conferenciaban y deliberaban sobre los asuntos que tenian á la órden del dia; arreglando el empleo de las doce horas negras que tenian por delante.

Patron-Minette, tal era el nombre que se daba en la circulacion subterránea á la asociacion de estos cuatro hombres. En la antigua lengua popular y fantástica que va borrándose ya cada dia más, *Patron-Minette* significa la mañana, lo mismo que *entre perro y lobo* significa el anoecer. Esta palabra, *Patron-Minette*, venía probablemente de la hora á la cual concluian sus tareas, puesto que el alba es el instante del desvanecimiento de los fantasmas y de la dispersion de los bandidos. Aquellos cuatro hombres eran conocidos bajo esta rúbrica. Cuando

el presidente del tribunal de assises visitó á Lacenaire en su calabozo, le interrogó acerca de un crimen que negaba Lacenaire. — ¿Quién ha hecho eso? preguntó el presidente, y Lacenaire dió esta respuesta, enigmática para el magistrado, pero bastante clara para la policía: — Tal vez lo habrá hecho Patron-Minette.

Á veces se adivina el argumento de un drama á la simple enunciaci3n de los personajes; del mismo modo se puede apreciar una handa al inspeccionar la lista de los bandidos. Hé aquí, pues estos nombres sobrenadan en las memorias especiales, las denominaciones á las cuales respondian los principales afiliados de Patron-Minette:

Panchaud, álias Printanier, álias Bigrenaille.

Brujon. (Habia una dinastía de Brujon; y no renunciamos á decir de ella dos palabras.)

Boulatruelle, el peon caminero á quien hemos visto ya.
Laveuve.

Finistère.

Homère-Hogu, negro.

Mardisoir.

Dépêche.

Fauntleroy, álias Bouquetière

Glorieux, presidiario licenciado.

Barrecarrosse, álias monsieur Dupont.

L'Esplanade-du-Sud.

Poussagrive.

Carmagnolet.

Kruideniers, álias Bizarro.

Mangedentelle.

Les Pieds-en-l'air.

Demi-liard, álias Deux-milliards.

Etc., etc.

Omitimos otros varios, y no de los ménos importantes. Estos nombres representan ciertas figuras; y no solo

expresan séres, sino especies. Cada uno de ellos corresponde á una variedad de esas setas disformes que brotan debajo de la civilizaci3n.

Estos séres, poco pródigos de sus semblantes, no eran de esos que se ven transitar por las calles. Fatigados de las terribles noches que pasaban, ibanse á dormir de dias, ya en los hornos de yeso, ya en las abandonadas canteras de Montmartre ó Montrouge, á veces en las cloacas. Se soterraban como el topo.

¿Qué ha venido á ser de esos hombres? existen siempre, y nunca han dejado de existir. Horacio habla de ellos: *Ambubaiarum collegia, pharmacopolæ, mendici, mimæ*; y miéntras que la sociedad sea lo que es, ellos serán lo que son. Bajo la oscura techumbre de su cueva, renacen ellos siempre de la hez y del rezumo social. Renuévanse y se relevan espectros siempre, siempre idénticos; sólo que no llevan, ya los mismos nombres, y no se hallan en las mismas pieles.

Extirpados los individuos, subsiste la tribu.

Siempre poseen las mismas facultades. Desde el truhan hasta el bandido, la raza se mantiene pura. Ellos adivinan las bolsas que hay en los bolsillos, huelen los relojes que oculta el vestido ó el chaleco. El oro y la plata tienen para ellos un olor especial. Hay ciertos bourgeois cándidos y sencillotes de quienes podría decirse que tienen trazas de ser robables, es decir, que son materia dispuesta para dejarse robar con una facilidad extrema. Aquellos hombres persiguen pacientemente á estos bourgeois. Cuando ven pasar á un extranjero ó á un forastero, experimentan cierto estremecimiento parecido al de la araña.

Cuando allá en las altas horas de la noche se dejan ver esos hombres misteriosos, vagando como sombras sinietras en un boulevard desierto, son realmente espantosos.

No parecen hombres, sino figuras hechas de bruma viviente; diríase que habitualmente forman un mismo grupo y una misma masa con las tinieblas, que no se distinguen de ellas, que no tienen otra alma que la sombra y que sólo momentáneamente, y para vivir durante algunos minutos una vida monstruosa, se han desagregado ó destacado ellos de la noche.

¿Qué es lo que se necesita para hacer que se desvanezcan y se disipen esas larvas? luz. Raudales y torrentes de luz. Ni un sólo murciélago resiste á los resplandores del alba. Iluminad la sociedad en las regiones inferiores.

LIBRO OCTAVO

EL POBRE MALVADO

I

BUSCANDO Á UNA JÓVEN CON GORRO, MARIUS ENCUENTRA Á UN
HOMBRE CON GORRA

Pasó el verano, despues el otoño; y por último, llegó el invierno. Ni el señor Leblanc ni la jovencita habian vuelto á poner los piés en el Luxemburgo. Marius no tenía ya sino un solo pensamiento, volver á ver aquel delicioso y adorable rostro. Buscaba sin cesar, buscaba por todas partes; pero sin encontrar la menor huella. Ya no era Marius aquel soñador entusiasta, el jóven resuelto, ardiente y firme, el atrevido provocador del destino, el cerebro que construía un porvenir sobre otro porvenir,